DERECHO A LA MISERICORDIA

Derecho Canónico y Sacramento de la Reconciliación

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v62i216.149>

MARIO MEDINA BALAM*

«Al oír confesiones, tenga presente el sacerdote que hace las veces de juez y médico, y que ha sido constituido por Dios ministro de justicia y a la vez de misericordia divina, para que provea al honor de Dios y a la salud de las almas» (c. 978 § 1).

El aspecto que me corresponde tratar sobre la misericordia divina se relaciona con el derecho canónico. Comienzo citando las palabras de san Juan Pablo II, contenidas en la Constitución apostólica *Sacrae disciplinae leges*, por la que promulgó el Código de derecho canónico, actualmente vigente: «El fin del Código no es el de suplantar, en la vida de la Iglesia, la fe de los fieles, su gracia, sus carismas y, sobre todo, su caridad. Por el contrario, el Código tiende más bien a generar en la sociedad eclesial un orden que, dando la primacía al amor, a la gracia y al carisma, facilite al mismo tiempo su ordenado crecimiento en la vida, tanto de la sociedad eclesial, como de todos los que a ella pertenecen».

En este sentido, hablar de «derecho a la misericordia» puede ser impreciso o puede ser correcto. Puede ser impreciso por cuanto la misericordia de Dios es un don gratuito de Dios que no se puede exigir como un derecho. Pero puede entenderse como un derecho, por cuanto Cristo ha muerto y resucitado por todos, de modo que todo fiel tiene derecho a participar de la misericordia de Dios.

En primer lugar, es necesario recordar el principio fundamental recogido en el último canon del Código de derecho canónico que informa todo el derecho de la Iglesia: la ley suprema de la Iglesia es la *salus animarum*, la salvación de las almas. Y es que la salvación es ante todo redención del pecado como impedimento para la amistad con Dios, y liberación del estado de esclavitud en la que se encuentra el hombre que ha cedido a la tentación del Maligno y ha perdido la libertad de los hijos de Dios¹.

* Sacerdote de la arquidiócesis de Yucatán. Cursó los estudios de licenciatura en Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de México. El doctorado lo realizó en la misma disciplina en la Universidad Saint Paul, Ottawa, Canadá, en 1996. Actualmente es profesor en la Facultad de Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de México.

1. Cf. Juan Pablo II, Carta apostólica *Misericordia Dei*, 2 mayo 2002.

Este principio regulador de todo el derecho canónico se encuentra subyacente en todas las leyes de la Iglesia y en sus instituciones.

En segundo lugar, el derecho de la Iglesia, al tutelar la celebración del sacramento de la penitencia, tiene como propósito que este sacramento de la misericordia de Dios, confiado por Cristo resucitado a su Iglesia, se celebre de acuerdo con las normas, pues los fieles tienen derecho a recibir lícita y válidamente el sacramento. Si no se observan las normas de la Iglesia, se corre el riesgo de engañar a los fieles, que creen que han recibido un sacramento válidamente cuando es lo contrario. A este respecto, el papa Juan Pablo II recordaba que «la liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios» (*Ecclesia de Eucharistia*, 52).

Más aún, «la Iglesia exige certeza sobre las condiciones necesarias para la validez de los sacramentos» (Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Redemptionis sacramentum*, 50). Por eso, invita a quienes tienen el encargo de celebrar la liturgia, que observen las normas para su celebración válida y lícita. Así lo expresa la misma Congregación: «Todos los fieles cristianos gozan del derecho de celebrar una liturgia verdadera, y especialmente la celebración de la santa Misa, que sea tal como la Iglesia ha querido y establecido, como está prescrito en los libros litúrgicos y en las otras leyes y normas» (*Ibid.*, 12). Eso mismo podemos aplicar al sacramento de la penitencia: todos los fieles tienen derecho de recibir válidamente el sacramento de la penitencia.

En tercer lugar, las normas que regulan la administración y recepción del sacramento de la penitencia parten de la conciencia de que el sacerdote confesor es un ministro de Dios y de la Iglesia. Como dice el canon ya citado, el sacerdote hace las veces de juez o ministro de justicia para el honor de Dios, en cuanto que juzga y condena la gravedad de los pecados y absuelve al pecador arrepentido; el sacerdote también es médico o ministro de la misericordia de divina, en cuanto que diagnostica la enfermedad del alma (el pecado) y detecta sus causas y raíces profundas, propone el remedio medicinal y aconseja los cuidados que debe tenerse, y cura las heridas o secuelas del pecado en el alma al imponer la satisfacción conveniente y adecuada (c. 981).

DERECHO DE LOS FIELES

En primer lugar, el Código de derecho canónico reconoce a todos los fieles el derecho general de recibir de los pastores los bienes espirituales, especialmente la palabra de Dios y los sacramentos. Así lo consagra el c. 213: «Los fieles tienen derecho a recibir de los Pastores sagrados la ayuda de los bienes espirituales de la Iglesia, principalmente la palabra de Dios y los sacramentos». Entre los sacramentos está el de la Reconciliación. Entonces podemos decir que los fieles tienen derecho a recibir de los pastores el sacramento de la misericordia

de Dios, que es el sacramento de la penitencia. Incluso, el fiel tiene derecho a elegir el confesor de su preferencia, incluso de otro rito (c. 991).

Ciertamente este derecho de los fieles a recibir los bienes espirituales, incluyendo el sacramento de la penitencia, no es un derecho ilimitado, pues está moderado por ciertas normas, como a continuación explicamos.

De acuerdo con el c. 843, «los ministros sagrados no pueden negar los sacramentos a quienes los pidan de modo oportuno, estén bien dispuestos y no les sea prohibido por el derecho recibirlos» (§ 1). Entonces, para que un fiel tenga derecho a recibir el sacramento de la penitencia se requiere que reúna los tres siguientes requisitos simultáneamente:

La petición del sacramento de modo oportuno

Pedir el sacramento de la penitencia de manera oportuna implica el tiempo y el lugar. En este sentido, cualquier día del año es oportuno para pedirlo, pero no a cualquier hora ni a cualquier sacerdote. Por ejemplo, no sería el momento oportuno, si un fiel llega un minuto antes de la misa y quiere confesarse rápidamente. Tampoco sería oportuno pedir este sacramento en un lugar público, fuera de una Iglesia u oratorio (c. 964 § 1), a no ser en caso de necesidad. En cambio, cuando se está en peligro de muerte siempre es oportuno pedir dicho sacramento.

La buena disposición

La buena disposición se refiere a la disposición interior del fiel, después de llegado a los siete años (c. 989), que implica la preparación previa que debe hacer, que incluye el examen de conciencia, el arrepentimiento de los pecados y el propósito de enmienda (cc. 959, 987). De tal modo que si el confesor no duda de la buena disposición del penitente, no le puede negar la absolución (c. 980). En este sentido, rige la presunción de que todo fiel que se acerca a pedir la absolución está bien dispuesto y no se le puede negar.

No tener ninguna prohibición del derecho

En determinados casos, el derecho canónico establece alguna prohibición para recibir los sacramentos. Esta prohibición puede ser de tipo penal, como por ejemplo en los casos de excomunión (c. 1331) y entredicho (c. 1332), o simplemente de tipo administrativo. En el caso del sacramento de la penitencia, el derecho establece, por ejemplo, que un fiel solo recibe válidamente una absolución general si está debidamente dispuesto y hace el propósito de hacer la confesión individual de sus pecados graves que ahora no ha podido confesar (c. 962 § 1); por otro lado, el derecho prohíbe recibir dos absoluciones generales si no media una confesión individual (c. 963).

LA ADMINISTRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA EN LA CURA PASTORAL

El cuidado de la Iglesia sobre la salud de los fieles se refleja en el hecho de que el derecho canónico incluye, como una de las obligaciones principales de quien tiene el oficio de la cura de almas, como es el párroco, la facultad de absolver de los pecados. Por eso mismo, el sacerdote recibe por derecho la facultad de absolver en el mismo momento de recibir su oficio de párroco. Porque no podría ejercer íntegramente su oficio de cura de almas quien no pudiera absolver de los pecados.

Correlativamente a esta facultad que reciben los titulares de un oficio de cura de almas, el derecho de la Iglesia les impone la obligación, de proveer para que se oiga en confesión a los fieles que les están encomendados a su cuidado y lo pidan razonablemente; que se les dé la oportunidad de acercarse a la confesión individual, en días y horas determinadas que les resulten asequibles (c. 986 § 1).

Entre las provisiones que se encuentran en el derecho canónico para facilitar a los fieles la recepción del perdón de Dios, en el sacramento de la penitencia, podemos señalar las siguientes normas:

a) Todos los sacerdotes que tienen la facultad de administrar el sacramento de la Penitencia, se les conmina a que se muestren *siempre y totalmente dispuestos* a administrarlo cada vez que los fieles lo soliciten razonablemente². La falta de disponibilidad para acoger a las ovejas descarriadas, e incluso para ir en su búsqueda y poder devolverlas al redil, sería un signo doloroso de falta de sentido pastoral en quien, por la ordenación sacerdotal, tiene que llevar en sí la imagen del Buen Pastor.

b) Los Ordinarios del lugar, así como los párrocos y los rectores de iglesias y santuarios, deben verificar periódicamente que *se den de hecho las máximas facilidades posibles* para la confesión de los fieles. En particular, se recomienda la presencia visible de los confesores en los lugares de culto durante los horarios previstos, la adecuación de estos horarios a la situación real de los penitentes y la especial disponibilidad para confesar antes de las Misas y también, para atender a las necesidades de los fieles, durante la celebración de la Santa Misa, si hay otros sacerdotes disponibles³.

En peligro de muerte o en casos de necesidad grave, cuando hay muchos penitentes y pocos confesores, de tal modo que no es posible oír en confesión individual a cada uno de los penitentes, en un tiempo razonable, y por ese motivo se verían privados de la gracia del perdón y de la comunión eucarística, el derecho establece el recurso de la confesión general, de acuerdo con las normas del mismo derecho, sin la previa confesión individual (c. 961).

2. Cf. *Ordo Paenitentiae*, editio typica, 1974, Praenotanda, 10 b.

3. Cf. Notitiae 37 (2001) 259-260.

En casos más extremos, en que está en juego la salvación de las almas, como es el caso del peligro de muerte, el derecho le abre totalmente al fiel la misericordia de Dios al establecer que cualquier sacerdote, aunque no tenga la facultad de absolver, como es el caso de quien ha dimitido del estado clerical, pueden absolver a cualquier fiel de cualquier pecado o censura, incluso las declaradas o impuestas: «Todo sacerdote, aun desprovisto de facultad para confesar, absuelve válida y lícitamente a cualquier penitente que esté en peligro de muerte, de cualesquiera censuras y pecados, aunque se encuentre presente un sacerdote aprobado» (c. 976).

En este sentido, el ordenamiento jurídico de la Iglesia reviste a todo sacerdote, aun si ha dejado de ejercer el ministerio sagrado, de la amplia facultad de hacer partícipe de la misericordia de Dios que perdona, a cualquier persona bautizada que esté en una situación de peligro de muerte y pide el sacramento de la penitencia. Entre los destinatarios de esta gracia se incluye a toda persona bautizada válidamente, sea católica o no católica, esté o no en una situación regular; por ejemplo, no importa si esta persona está bien casada por la Iglesia o sea una divorciada y vuelta a casar civilmente. Y la extensión de la facultad alcanza cualquier pecado, sin importar su gravedad, así como cualquier censura, incluso las reservadas a la Sede Apostólica o las impuesta o declaradas.